

CONCLUSIÓN

La lucha entre la preferencia y la resistencia: la espera de Dios que mendiga nuestro amor

por Julián Carrón*

Así entró en la historia la lucha entre el amor de Dios, que no deja nunca de buscar al hombre, que no se da nunca por vencido, y la esquivez del hombre. Es una lucha entre la preferencia de Dios y la resistencia del hombre; una lucha entre uno mismo y la medida misteriosa que se ha manifestado de forma evidente en la historia del pueblo. «El criterio apropiado de su proceder como hombre es Dios. [...] Pero el hombre, en cambio, intenta desnaturalizar desde el principio su imagen de criatura hecha “a semejanza” de Dios, quiere plantear su vida a su propia medida, lo que, bajo formas más o menos desarrolladas y complejas, no es otra cosa que la reactividad del instante, ya se presente como estado de ánimo, como instinto o como opinión. [...] La mentira generalizada en su conciencia es una tentación también para el pequeño pueblo escogido por Dios, si bien aquí se manifiesta de manera más dramática, como lucha entre *sí* y la medida misteriosa. Es como si el hombre tuviese que caminar confiando plenamente en algo que no corresponde a ninguna escala humana y solo encontrase alegría después de abandonarse [¡qué paz cuando nos abandonamos!]; aunque normalmente [no es así], ofrece resistencia, se cansa y se rebela»¹.

Ante la resistencia del hombre, ante su obstinación empecinada, Dios se ve «obligado» a mostrar sus entrañas llenas de amor y de misericordia. Exactamente como vosotros, padres y madres, como hace una madre ante la testarudez de su hijo: o lo estampa contra la pared o tiene que sacar sus entrañas de madre. A pesar de que el pueblo persiste en su resistencia, Dios no es capaz de abandonarlo. [...]

Podría parecer un completo fracaso. Pero, como dice Benedicto XVI, «Dios no fracasa.»

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016
© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada»

» O, más exactamente: al inicio Dios fracasa siempre, deja actuar la libertad del hombre, y esta dice continuamente “no”. Pero la creatividad de Dios, la fuerza creadora de su amor, es más grande que el “no” humano. A cada “no” humano se abre una nueva dimensión de su amor, y él encuentra un camino nuevo, mayor, para realizar su “sí” al hombre, a su historia y a la creación»².

Tampoco en esta ocasión abandona Dios su alianza, sino que vuelve a tomar la iniciativa. «Dios nunca sale derrotado», afirmaba el entonces cardenal Ratzinger, «y sus promesas no caen junto con las derrotas humanas; más aún, se hacen mayores, como el amor, que crece en la medida en que lo necesita el ser amado»³. Se trata de un punto crucial, que trastoca completamente nuestra lógica. Nosotros proyectamos sobre Dios nuestras derrotas y nuestros parámetros de éxito y de fracaso. «Pero yo soy Dios, y no hombre», nos repite. Él es «Otro», no una prolongación nuestra. Dios es distinto, es otra cosa diferente de nosotros. Dios es Dios. Por eso vuelve a empezar siempre con iniciativas nuevas. Dios nunca deja de tomar la iniciativa con nosotros, porque no está ligado a lo que podríamos llamar «éxitos». Dios no mide según este metro la eficacia de su iniciativa, porque el punto del que surge su iniciativa es completamente distinto: sus entrañas, y no nuestros fracasos. Hasta tal punto que, por mucho que el hombre le diga que no, por mucho que su respuesta sea siempre inadecuada, por mucho que se olvide continuamente, Él nunca deja de buscarle. Como dice el papa Francisco, «nunca se cansa de pasar una y otra vez por las plazas de los hombres hasta la undécima hora para proponer su amorosa invitación»⁴. [...]

«He aquí el punto: Dios se ha conmovido por nuestra nada. No solo esto: Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. Dios se ha conmovido por nuestra mezquindad, que es más aún que estar conmovido por nuestra nada. “He tenido piedad de tu nada, he tenido piedad de tu odio hacia mí. Me he conmovido porque tú me odias”, como un padre y una madre que lloran de conmoción por el odio de su hijo. No lloran porque los hiera, lloran de conmoción, es decir, con un llanto totalmente determinado por el deseo del bien de su hijo, del destino del hijo, por el deseo de que el hijo cambie, por su destino; por el deseo de que se salve. Es una compasión, una piedad, una pasión. Ha tenido piedad de mí, que era tan mezquino en mi olvido. Si nuestra vida se desenvuelve normalmente, es difícil que podamos encontrar pecados particulares en el día que hemos pasado, pero *el* pecado es la mezquindad de la distracción y del olvido; el pecado es la mezquindad de no traducir en novedad, de no hacer que resplandezca con luz nueva lo que hacemos, como una aurora: lo dejamos opaco, así como viene, sin impactar a nadie, sin ofrecerlo al esplendor del Ser»⁵.

Esta es entonces la fuente de nuestra certeza: «Ha tenido piedad de mí y de mi nada y me ha elegido; me ha elegido porque ha tenido piedad de mí, ¡me ha elegido porque se ha conmovido de mi mezquindad! Lo que caracteriza la entrega del Misterio –el Misterio supremo y el Misterio de ese hombre que es Cristo, Dios hecho hombre–, lo que cualifica la entrega del Misterio a nosotros, la entrega con la que el Misterio crea el mundo y perdona la mezquindad del hombre –y lo perdona abrazándolo; es mezquino, inmundo, y Él lo abraza– es una emoción, es como una emoción; es una conmoción, contiene una conmoción. Esta es justamente la observación que exalta la maternidad de Dios»⁶. [...]

Decidme si hay algo más urgente que una mirada sobre nosotros como esta. A través de ella Dios quiere suscitar nuestro «sí». Por eso decía Simone Weil: «Dios espera con paciencia »

» que yo quiera por fin consentir en amarle. Dios espera como un mendigo que está ahí de pie, inmóvil y silencioso, delante de alguien que tal vez le dé un trozo de pan. El tiempo es esta espera. El tiempo es la espera de Dios que mendiga nuestro amor»⁷. A esto podemos responder con lo que hemos cantado al principio: «Sé quién eres para mí. Pase lo que pase, te espero»⁸.

¹ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 37-38.

² Benedicto XVI, *Homilía en la celebración eucarística con los obispos de Suiza*, 7 noviembre 2006.

³ J. Ratzinger, *Mirar a Cristo. Ejercicios de Fe, Esperanza y Amor*, Edicep, Valencia 2005, p. 57.

⁴ Francisco, *Discurso en el encuentro con los obispos de Estados Unidos*, Washington D.C. (EE. UU.), 23 septiembre 2015.

⁵ L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 241-242.

⁶ *Ibidem*, pp. 242-243.

⁷ S. Weil, *Quaderni. Volume IV*, Adelphi, Milán 1993, p. 177.

⁸ *Haja o que houwer*, letra y música P.A. Magalhães: «Haja o que houwer eu estou aqui, /haja o que houwer espero por ti; / volta no vento, ó meu amor, / volta depressa, por favor. // Há quanto tempo já esqueci / porque fiquei longe de ti; / cada momento é pior, / volta no vento por favor. // *Eu sei quem és para mim / haja o que houwer espero por ti. // Há quanto tempo já esqueci... // Eu sei quem és para mim...*» («Pase lo que pase yo estoy aquí, pase lo que pase te espero. *Vuelve en el viento, mi amor, vuelve pronto, por favor. / Hace tiempo que he olvidado por qué decidí dejarte. Cada momento que pasa es peor, vuelve en el viento, por favor. / Sé quién eres para mí. Pase lo que pase, te espero. Hace tiempo que he olvidado... Sé quién eres para mí...*»).